

« Vamos á ver, querido maestro, ¿cuál es su pronóstico de usted? preguntó al señor Begasse su joven pasante.

— ¡Hum! respondió el viejo camastrón. Pechaud nos va á obsequiar con sus grandes efectos melodramáticos y va á hacer funcionar la bomba de las lágrimas... El acusado no tiene antecedentes penales, salvo su reclusión en la Colonia, lo que, en buena ley, debiera tenerse más bien como circunstancia atenuante... ¿Quién sabe? Acaso logre escaparse de la guillotina... Por otra parte hay asesinato y robo y los propietarios del jurado no ven esto con buenos ojos, ¿sabe usted, amigo? Mire usted aquel grueso apoplético... Ahí tiene usted uno que debe ser una fiera en el momento de cobrar los alquileres... Si Pechaud logra arrancar una lágrima á ese cocodrilo, y es muy capaz, Forgeat pagará con veinte años de trabajos forzados... Pero, lo repito, el asesinato con robo es siempre grave... Lescuyer, que algunas veces tiene dura la mano, puede echarlo todo á perder... En fin, renuncio, decididamente, á hacer profecías... Todo depende del discurso del fiscal... Precisamente, ahí le tiene usted dispuesto á empezar. »

XX

En efecto, Lescuyer acababa de levantarse, imponente, con la cabeza inmóvil y el cuerpo rígido y como agrandado por la toga. Sus espesas cejas estaban más fruncidas que nunca, y con el ademán habitual de muchos oradores, parecía apoyarse sobre un dedo de cada mano, puestos en los papeles que tenía delante.

Con voz cuyo temblor podía apenas reprimir la fuerza de voluntad, el fiscal habló en estos términos:

« Señores magistrados:

« Señores jurados:

« Pocas veces ha sido más fácil que en el caso presente la misión del acusador público. Según su propia confesión, el hombre que tenemos delante ha matado á otro hombre para despojarle de lo que poseía. Pretende, contra toda verosimi-

litud, que no ha madurado de antemano el pensamiento de su crimen y que cedió á un impulso irresistible y repentino ; pero estoy seguro de que no le creéis. La declaración de esa mujer á la que habéis oído últimamente, parece probar que en el alma oscura de Cristián Forgeat no están apagados todos los buenos insiintos. Se puede además invocar en su favor su infancia abandonada, su permanencia desde la más tierna edad en la atmósfera corruptora de un establecimiento penitenciario, y recordar que durante muchos años de miseria ha resistido á todas las tentaciones. Dentro de algunos instantes el defensor de Forgeat alegará estas atenuaciones y tratará de obtener el partido posible de vuestra sensibilidad. Yo no debo dirigirme sino á vuestra justicia, sin mirar más que el hecho de que el acusado es ladrón y asesino ; y en nombre del respeto de la propiedad, que permite á los hombres vivir en sociedad pacíficamente ; en nombre del respeto de la vida humana, más sagrado todavía, mi deber es decirlos : « jurados, condenad ; jueces, castigad. »

« Este deber lo he ejercido durante una vida, ya larga, con entera tranquilidad de conciencia y nunca me he levantado de este sitio sin estar convencido de que mis palabras, por severas que nubiesen sido, eran beneficiosas para la huma-

nidad y útiles para la defensa social. Cuando un crimen me parecía cierto, pedía sin vacilar que fuese castigado con todo el rigor de las leyes y de un modo ejemplar. Pero hoy veis en mí un hombre muy desgraciado, con la conciencia torturada por la duda y el corazón por los remordimientos : un hombre que no se cree en el derecho de pedir una pena para ese criminal y que va por el contrario, á implorar vuestra piedad para él. »

Ante aquella asombrosa declaración un largo murmullo se oyó en el auditorio. ¡ Qué escándalo ! ¡ El mundo al revés ! El presidente, estupefacto por completo, creyó que debía intervenir. Pero el suceso era demasiado serio para aquel bromista personaje y no daba ocasión á escapatorias, por lo que el magistrado no pudo más que balbucear :

« ¡ Esas palabras !... Señor fiscal, ruego á usted que se explique... »

Pero Lescuyer extendió una mano hacia el viejo y dijo con acento lleno á la vez de dulzura y de autoridad :

« Dentro de un instante comprenderéis y excusaréis todos mi conducta y mis frases, estoy seguro, pues obro con arreglo al orden de una moral superior. Mañana me habré despojado de mi toga y si no lo he hecho ya y no estoy en el sitio de la defensa implorando vuestra misericordia

para el acusado, es porque el honor y la naturaleza me han mandado que permanezca un día más en este sitio y que use de mi derecho por última vez. No temáis, los que tenéis miedo al escándalo : la acción que voy á llevar á cabo no se reproducirá ni encontrará imitadores, pero estoy cierto de que nadie de entre vosotros, íntegros magistrados y honrados miembros del jurado, habrá de afeár-mela... Y ahora, dijo el fiscal con voz vibrante; mirad á ese criminal en el banco de abyección y miradme á mí, sí, á mí, que tengo la horrible misión de pedir os su cabeza... Ese hombre... — lo he sabido después que la justicia se había apoderado de él — ese hombre es hijo de una mujer á quien yo, en mi juventud, abandoné villana y cobardemente; es un bastardo á quien yo he entregado á la miseria y al crimen... ¡Ese Cristián Forgeat es hijo mío!... »

Un profundo rumor recorrió otra vez la sala. Y cuando los jueces, los jurados, los abogados y los concurrentes hubieron, en efecto, comparado las caras del acusado y del fiscal, se produjo un nuevo murmullo. Forgeat se levantó por un movimiento instintivo y sostenido de los brazos por los guardias, miraba espantado y el cuerpo inclinado hacia delante á aquel hombre togado que acababa de llamarle hijo.

El presidente estaba confuso. ¿Qué hacer? ¿Suspender la vista? Tuvo de ello una vaga intención y levantándose del sillón presidencial, echó mano al birrete, que estaba sobre la mesa, y trató de hallar una frase :

« Encontrándose indispuerto el señor fiscal... »

Pero éste, con un ademán soberano, le interrumpió :

« No, señor presidente, no crea usted que estoy atacado de locura. Haga lo que todos los presentes; mire á ese hombre, míreme á mí y ríndase á la evidencia. La madre de ese desgraciado se llamaba Forgeat. Ese Cristián Forgeat, ladrón y asesino, es hijo mío, de Cristián Lescuyer, fiscal de la Audiencia de París. Abandonar una muchacha que es madre y un hijo que no ha solicitado nacer y á quien su padre entrega á la miseria, es cosa permitida ó que la ley, al menos, quiere ignorar. Pero yo, que he cometido esa acción y que estoy cruelmente herido por sus consecuencias, comprendo que es un crimen y quiero expiarle, castigarme yo mismo y ofrecerme como ejemplo á los que le han cometido como yo y viven en la impunidad. La confesión pública que hago no me basta. Desde este momento reconozco como hijo á Cristián Forgeat. Si le enviáis al cadalso, seré el padre de un ajusticiado, si al presidio, seré el

padre de un presidiario. Su vergüenza es obra mía y reclamo una parte. Más aún, me considero responsable de todo su pasado y creo que, en buena equidad, debo ser castigado como él en mi vida ó en mi libertad. De todo el mal ocurrido es mía la culpa, porque mientras yo, olvidando mi acto de egoísmo y de cobardía, subía á las alturas sociales rodeado de respeto y de honor, este pobre niño, mi hijo, perdía su madre y, como os lo ha dicho friamente el sumario, se precipitaba á la calle, á las prisiones de niños, y caía, en fin, en las más bajas esferas, expuesto sin cesar á las sugerencias del hambre y de la miseria. ¿Quién ha hecho de él un joven sin familia y sin cultura moral? Yo. ¿Quién le ha alejado desde su nacimiento de las lecciones útiles y de los ejemplos saludables? Yo también. Por haberme yo sustraído al más sencillo de los deberes ¿qué digo? por no haber cedido al más elemental de los instintos, Cristián Forgeat ha sido toda su vida un vagabundo, un preso, un ser sospechoso y deshonorado que ha acabado por hacerse un malhechor. ¡Ah! ¡Cómo han iluminado mi conciencia estas espantosas verdades el día en que supe al mismo tiempo la existencia y el crimen de mi desgraciado hijo! Pero la Providencia no me ha recordado en vano por este golpe terrible que he sido un padre sin corazón y sin entrañas. Ella

es la que me guía y la que me inspira en este momento en que hago traición á la ley para obedecer á la naturaleza, en que pido gracia en vez de demandar justicia, en que trato de enjugar con la toga augusta del juez la sangre vertida por el asesino, en que dejo estallar mis remordimientos y mis lágrimas y declaro ante todos, en voz alta: Yo soy el culpable. »

Sofocado, con la cara humedecida por el llanto y con los dos puños crispados sobre el pecho, el fiscal se calló.

La concurrencia estaba muda, anhelosa y el mismo Presidente, subyugado por aquella dolorosa elocuencia, no pensaba ya en interrumpir al orador. El acusado lloraba, con la cabeza baja.

« ¿Tendréis piedad, señores jurados, prosiguió Lescuyer haciendo un gran esfuerzo; tendréis piedad del padre y del hijo? ¡Ah! Viendo vuestra emoción me atrevo á concebir esa esperanza y tiemblo al pensar que pudiera salir fallida... ¿Pensaréis que ha llegado para vosotros la hora de condenar la dureza de las leyes que prohíben buscar al padre del bastardo abandonado y que alistan de antemano al hijo maldito en el ejército del mal?

« ¡Oh! ¡Qué insensato y qué culpable he sido! He pasado mi vida creyendo necesarias esas leyes

cruces y pidiendo su estricta aplicación. ¡Hoy no sé más que arrepentirme, llorar y suplicar! No sé más que prometeros, si me devolvéis este hijo lamentable y ensangrentado, velar por él, guiarle hacia la redención, reanimar sin cesar con mi soplo las últimas chispas de bondad y de honor que brillan todavía en su confusa conciencia. No sé más que mostraros la imagen del crucificado, cuya divina palabra desarmaba los corazones llenos de cólera y hacía caer las piedras de las manos furiosas y ya levantadas para apedrear á una frágil criatura... La última vez que ocupó este puesto justiciero, abandono la acusación, señores jurados, y reclamo de vosotros, con las manos juntas, un acto de clemencia... ¡Gracia! ¡gracia para mí y para ese desgraciado!... Os la pido en nombre de Jesús, que perdonó al ladrón, en nombre del pensamiento por el que murió, que tarde ó temprano habrá de vencer en la sociedad, pensamiento sublime, pensamiento de misericordia y de amor, que nos enseña que la piedad es una justicia más alta que todas las justicias. »

Terminó. Una emoción silenciosa, pero angustiada y llena de gemidos, se cernía sobre todo el auditorio. Y los dos culpables, el padre y el hijo, el juez y el acusado, el uno en su puesto de honor y el otro en su sitio de infamia, los dos postrados,

anonadados, con la cara oculta entre las manos, guardaban la misma actitud y hacían el mismo ademán de desesperación.

El presidente, hombre no malo en el fondo, estaba también conmovido y en aquel momento no pensaba lo más mínimo en decir chistes. Sin embargo, estaba inquieto y descontento de sí mismo por no haber tenido el valor de poner un dique al torrente del discurso de Lescuyer. Aquella confesión pública, hecha allí como un efecto teatral, le molestaba vivamente. ¿Podía permitir que el ministerio público, en presencia de pruebas y de confesiones concluyentes, faltase así á su deber? ¿Qué dirían el primer presidente y el ministro del ramo? ¿Qué toda la magistratura? ¿Cómo se juzgaría su conducta en este asunto? ¿No se le acusaría de falta de firmeza y de presencia de espíritu? Y por otra parte el señor Durousseau estaba lleno de compasión hacia su desgraciado colega y no podía menos de desear que el proceso tuviera una solución todo lo benigna que fuese posible.

Muy turbado, quiso ante todo ganar tiempo.

« En vista del incidente, tan inesperado, que acaba de producirse, dijo con voz vacilante, la sala juzgará sin duda conveniente suspender la audiencia y retirarse al despacho del presidente para ver si ha lugar de señalar la vista para otra sesión. »

Pero en el momento en que los dos asesores iban ya á manifestar su conformidad, el abogado Pechaud irguió de nuevo su cabeza venerable. El diestro táctico de los tribunales, que acababa de explicarse por qué su amigo Lescuyer tenía tanto empeño en que él se encargara de esta defensa, y que, además, participaba de la emoción general, no quiso, en interés del acusado, que ésta se enfriase un solo instante.

Con las grandes y sencillas formas que daban tanta autoridad á su palabra, supo intimidar á la sala. No se podía, según él, dilatar el asunto sin grave defecto de forma, del que se reservaba el derecho de levantar acta, llegado el caso. El ministerio público tenía el derecho absoluto de renunciar á la acusación y precisamente porque el hecho era favorable al acusado debía surtir sus efectos plenos é inmediatos, según todas las tradiciones. El defensor pedía, pues, que continuase la vista.

El presidente, nada disgustado con que se le ofreciese ese agarradero, hizo una retirada honrosa ante la exigencia del defensor y le concedió la palabra para pronunciar su discurso.

Pero el hábil abogado se guardó bien de pronunciarlo. Hubiera tenido que recordar los hechos de la causa, la muerte del judío, el oro y

los billetes tintos en sangre, cuando el crimen estaba en ese momento olvidado y como ahogado por el incidente patético producido por Lescuyer. Pechaud tenía á los jurados palpitantes de emoción y alterados aún no tanto por las palabras del fiscal como por su acto. Para sostenerlos en aquel estado excepcional y no dar lugar á que su emoción se disipase, el defensor hizo á su amigo un sacrificio muy meritorio y no aprovechó una ocasión tan hermosa para desarrollar su elocuencia. Se contentó con recordar, en algunas frases ardientes, la vida de paria del hijo y el heroico arrepentimiento del padre y terminó de repente con un último y conmovedor llamamiento á la clemencia.

La batalla estaba ganada. El jurado, tras de una corta deliberación, dió un veredicto negativo sobre todas las preguntas.

Cristián Forgeat estaba absuelto.

Cuando el joven, á quien los guardias llevaron de nuevo á la sala, oyó al presidente leer la sentencia absolutoria y dar orden para que fuese puesto en libertad, tuvo un desvanecimiento, vaciló y volvió la mirada asombrada hacia aquel hombre con toga, que era su padre y que acababa de salvarle. ¿No era un sueño? ¿Le perdonaban? ¿Iban á soltarle y podría marcharse á

donde quisiera? De lo más profundo de su pecho se escapó este grito:

« ¿Cómo? ¿Es verdad... estoy libre? »

Pero poco después, cuando salía de la escribanía donde se habían llenado las formalidades necesarias para ponerle en libertad, y se encontraba en el gran salón del Palacio, casi desierto á aquella hora avanzada, vió surgir de nuevo ante él á su salvador, que se había quitado por última vez la toga y estaba esperando la salida del preso. Cristián retrocedió instintivamente, confuso y como avergonzado de sí mismo.

Entonces Lescuyer puso las dos manos sobre los hombros del joven.

« No, hijo mío, le dijo con voz temblorosa, no, no estás libre. ¿Qué harías de una libertad que no te abre más que malos caminos? En adelante, perteneces á tu padre, á un padre que fué muy culpable para contigo pero que acaba de probarte ¿no es así? que sabe reparar sus faltas. Sí, me perteneces; eres prisionero de tu padre. Jamás te hablaré del pasado. Para rehacer tu camino y marchar hacia el bien, no tienes más que apoyarte firmemente en mí; y cuando los remordimientos te sean demasiado dolorosos, yo te abriré los brazos, desgraciado niño, como lo hago ahora, para acunarte y para dormirte. »

En el gran salón solitario donde sólo se esperaba la salida de aquellas dos personas para apagar el gas, se paseaba un viejo guarda del Palacio. Era un antiguo gendarme muy poco sensible y exageradamente respetuoso para la magistratura. Había asistido por matar el tiempo al principio del proceso, había visto a Cristián Forgeat y acababa de saber su absolución, sin más detalles. Aquel duro cerebro de gendarme no estaba satisfecho con semejante resultado y se preguntaba con mal humor cómo el jurado había podido dar un veredicto tan absurdo.

Impacientado por aquellos dos habladores que iban á hacerle comer la sopa fría, se aproximó á ellos y aquel hombre de jerarquía y de autoridad se quedó mudo de asombro al ver al fiscal de la Audiencia abrazando contra su corazón á aquel asesino absuelto, que sollozaba.